

La historia en tiempos grises

Conferencia inaugural invitada en las «I. Jornadas de investigadoras/es jóvenes» del IGU-GUI, Pamplona/Iruñea, 14 de febrero de 2025. UPNA-NUP, Campus Arrosadía.



EMILIO MAJUELO GIL

Universidad pública de Navarra / Nafarroako Unibertsitate Publikoa
[emilio.majuelo@unavarra.es • <https://orcid.org/0000-0001-8484-438X>]

0. Introducción

Quiero y debo dar las gracias por la invitación cursada para participar en este congreso del Instituto Gerónimo de Uztariz (IGU), con la agradable sensación de que ha sido cursada por el comité organizador del mismo compuesto en gran medida por algunos ex alumnos del Grado de Historia y Patrimonio implantado en la UPNA hace un lustro. Este congreso sigue la estela de otros celebrados anteriormente impulsados por nuestra asociación desde su nacimiento en diciembre de 1984 (el I Congreso de Historia Económica y Social de Navarra de los siglos XVIII-XIX-XX se celebró en diciembre del año 1985). Constituye el que hoy inauguramos un hito importante tanto para los participantes, así como para el IGU, que inicia con esta actividad científica una nueva etapa dirigida a la investigación y al estudio, así como a la divulgación del conocimiento en todos los ámbitos que siguen despertando interés por el mismo.

1. Investigación, Estudio, y Divulgación de la historia en el año 2025

La dedicación de los cultivadores de la disciplina histórica en torno a esas tareas no puede evitar la reflexión que a diario merece la observación de la crítica situación en el mundo. Los y las historiadoras nos conectamos a la historia de manera específica por la producción de conocimiento, por la relación epistemológica que establecemos con el estudio del pasado. Esta es una de las bases de nuestra actividad profesional. Herman Paul o Jörn Rüsen en sus reflexiones sobre la teoría de la historia y la historiografía de la ciencia histórica lo dejaron asentado de un modo rotundo. Pero, esa actividad intelectual no agota nuestra relación con el pasado. Éste ha sido y es afrontado desde diversos ángulos vitales, morales, económicos, estéticos o didácticos, de modo que respecto al pasado histórico se establecen enlaces afectivos, se retoma y transforma desde él la memoria, conforma pautas profesionales y actividades económicas, se le estudia y reproduce mediante imágenes y composiciones estéticas, y de continuo mantiene un pulso político con el presente: «siempre que los historiadores utilizan normas metodológicas, elaboran explicaciones o narran relatos, la política andará cerca», porque «la relación política con el pasado impregna todo su

* <https://doi.org/10.58504/rgu.39.3>

pensamiento histórico». ¹ Las batallas por y sobre el pasado, a las que de modo recurrente asistimos, no son en este sentido algo excepcional sino una expresión más, a veces tomada de forma dramática, de la relación que mantenemos con el pasado.

Un pulso, el que deviene de la relación política, no siempre preciso ni automáticamente visible en la producción del historiador, pero sí detectable en los estratos que conforman la interpretación histórica en cualquier contexto político. La actividad del historiador respecto a la producción de conocimiento no agota en modo alguno las otras facetas que los investigadores históricos establecen con el pasado. Aunque la interrelación entre política, e investigación e interpretación histórica no sea directa, no puede obviarse que la producción de episteme tiene un reflejo directo en la comprensión y explicación de las situaciones históricas, lo que no deja de implicar repercusiones políticas.

De aquí la importancia historiográfica de descubrir en el aparato conceptual utilizado en la investigación, las categorías (implícitas o explícitas) empleadas por los historiadores, en ocasiones de modo poco crítico o incluso inconsciente. El impacto de una de las primeras reflexiones sobre la escritura de la historia en nuestro entorno, la de Josep Fontana publicada hace más de cuarenta años, *Historia. Análisis del pasado y proyecto social*, más que en el análisis de la escritura de la historia, o sea, del valor de la obra autoral en el seno de los debates en torno a la temática correspondiente, residía en el intento de descubrir la relación íntima establecida entre autor, obra y función político social que todo ello cumplía en el contexto coetáneo en el que se produjo. ²

Juan José Carreras reflexionando sobre la producción histórica remarcó con nitidez dónde había que poner el acento en el análisis historiográfico:

«En un historiador –afirmó– lo grave no es aquello que resulta de sus sentimientos, de su elección política personal, sino lo que se le impone como consecuencia de las categorías con las que trabaja».

Su análisis de la debilidad de las convicciones democráticas del mundo universitario alemán durante la época republicana de Weimar incidió en el peso de las categorías historiográficas al uso, las del historicismo alemán, que facilitaron la demolición del entramado constitucional democrático alemán a partir de 1930. ³

La investigación social e histórica y la producción de conocimiento enlaza, por otra parte, con el deseo expresado por los científicos sociales de mejora de los problemas sociales y políticos existentes. Es la confianza en que la razón histórica basada en la investigación puede servir para la comprensión y afrontamiento de los problemas sociales y políticos a los que nos enfrentamos. Ese deseo íntimo, individual, ha sido explícitamente expresado durante décadas en abundante documentación privada, personal, o en prólogos y epílogos de mucha obra histórica publicada. (Los ejemplos al respecto son recurrentes en el tiempo: desde Marc Bloch, E. H. Hobsbawm, E.P. Thompson, M. Tuñón de Lara, Juan José Carreras, Josep Fontana, Julio Aróstegui, Julián Casanova, hasta un largo etcétera).

La mirada al estado de esos problemas hoy, en el 2025, queda nublada por los «tiempos grises» en los que nos desenvolvemos y resulta desalentadora. El calibre de la actual problemática social y política ha sido raramente vista en las últimas décadas e indica cómo ante la incompreensión de la misma se manifiestan tendencias sociales que han caído en el desánimo y el escepticismo, cuando no en la creencia de una salvación milagrosa publicitada en las redes sociales, gracias a la disposición de la tecnología comunicativa que se desenvuelve en la cultura tardocapitalista en la que estamos, una tecnología que «se ha vuelto tan envolvente y penetrante como ninguna religión soñó jamás».⁴

Asistimos hoy a la observación en tiempo real y en detalle a un genocidio, el del pueblo palestino en Gaza y Cisjordania, que plantea a los y las ciudadanas, también a los investigadores, académicos y estudiosos, cuestiones de índole moral y política además de profesional. La anunciada y previsible redistribución del mundo bajo el mandato del imperio de la fuerza y de la violación de todo derecho humano, exige a los científicos sociales y, en concreto, a los historiadores, un profundo ejercicio de sus habilidades y capacidades para la comprensión de los porqués y del cómo de la nueva geopolítica mundial. Los historiadores deben de esforzarse en el entendimiento de ese problema sometiéndolo desde sus orígenes a una racionalización, a no ser que, ha escrito Enzo Traverso, sigan inmersos en el autoengaño de pensar que cultivan «una ciencia axiológicamente neutra». Él, entre otros, lo ha puesto de manifiesto últimamente en su denuncia-ensayo histórico sobre Gaza.⁵ En ese enjundioso estudio muestra, entre otras cosas, que el relato de los acontecimientos que se publicitan ante nuestros ojos conlleva un alto grado de la hipocresía y el desdén de Occidente hacia ese sufrimiento; una docilidad irresponsable que la Unión Europea mantiene ante la política destructiva llevada a cabo por los causantes de la demolición de Gaza, Cisjordania y el sur de Líbano, esto es, el ultranacionalismo israelí. Así, ha quedado en evidencia, una vez más, el grado del declive de Europa desde que ésta ha abandonado los fragmentos más respetables de su historia basados en el mantenimiento del legado de defensa de los derechos humanos y de la diplomacia internacional sostenida en normas de derecho. Vivimos inmersos en malos tiempos, tiempos pálidos y tristes, para el discernimiento sereno y la investigación apasionada.

La percepción de que se ha instalado una densa atmósfera de tiempos grises, con todo, no se circunscribe solamente al ámbito político internacional, ni siquiera al que muestra las diferencias sociales y económicas percibidas en la comparación económica y política de amplias zonas del planeta. También en el seno de las sociedades incluidas en el denominado mundo desarrollado destaca la existencia de profundas hendiduras de desigualdad social, señal de un agravamiento continuado de las condiciones sociales de grandes contingentes de la población. Una mirada a la difícil situación socio económica padecida por numerosos sectores sociales en Francia, EE.UU. o Inglaterra, es lo suficientemente significativa de cómo el actual sistema

capitalista conlleva niveles paupérrimos de la vida de una parte cuantitativamente relevante de su ciudadanía.

Esta dura constatación de la realidad social no es ajena a la soportada por significativos sectores de la población en el estado español. Hoy la nunca desaparecida cuestión social indica la existencia de una enorme desigualdad no solo entre distintas zonas del globo terráqueo sino en las de los propios estados que sostienen economías productivas boyantes. El IX Informe Foessa sobre el desarrollo y exclusión social en España del pasado año 2024 así lo corrobora. En España el 26,5 % de la población corre riesgo de pobreza; otros 9,4 millones de personas están afectadas por la exclusión social; incluso las descripciones durante la época victoriana que Charles Dickens realizó sobre la vida miserable en cuchitriles donde se hacinaban familias enteras, pueden ser trasplantadas a las que sufren 3,4 millones de personas, el 7 % de la población, amontonadas en nanopisos. La pobreza ya no es, como lo fue en el pasado, solo visible en los asentamientos chabolísticos ni se concentra en la calle, sino que se refleja en un mapa mucho más heterogéneo y diverso. Todavía más: España es el tercer estado de la Unión Europea en relación al porcentaje de pobreza total por detrás de Rumania y Bulgaria, y el segundo, detrás de Rumanía, en el de pobreza infantil.⁶

2. ¿Investigar la historia después de Gaza?

Los investigadores de la historia y más los que se centran en la historia social, además de responder a las injusticias manifiestas, tienen, sobre todo, las herramientas metodológicas y teóricas útiles para entender y explicar el inmediato mundo pasado en el que se originaron los males del presente. Su utilización en el estudio y el análisis de ese pasado puede ser una práctica airosa de no sucumbir al pesimismo y a la renuncia del pensamiento. Con todo, esas situaciones actuales que esperan de nuestro raciocinio una explicación profunda se manifiestan a veces como momentos de intensidad histórica, como acontecimientos en los que el tiempo histórico se ha acelerado anunciando cambios impredecibles que exigen nuestra observación para obtener reflexiones lúcidas de cara al futuro.

Wolfgang Goethe presente en la batalla de Valmy lo expresó con claridad durante el proceso de la Gran Revolución francesa: «En este lugar y el día de hoy, se abre una época en la historia del mundo y podemos decir que hemos asistido a su origen», sentenció al comprobar que, con la derrota del ejército prusiano el 20 de septiembre de 1792, se daba paso a un nuevo tiempo histórico. Karl Marx mientras escribía el *18 Brumario de Luis Bonaparte*, fue capaz de discernir y conceptualizar, tras la terrible derrota revolucionaria de los trabajadores en junio de 1848 en París, el nacimiento de un régimen autoritario de nuevo cuño; Lenin, que no daba crédito a que el Reichstag alemán hubiera aprobado en 1914 los créditos de guerra con el apoyo del SPD, (pensaba que el *Vorwärts*, el periódico de los socialdemócratas alemanes, cuando dio a conocer el resultado de esa votación del parlamento alemán,

había sido falsificado por la policía), en el momento en que la I Guerra Mundial volatilizó todo el mundo asentado durante un siglo en el occidente europeo, se refugió en la lectura y estudio de *La ciencia de la Lógica* de Hegel, en Berna; plasmó sus reflexiones en los *Cuadernos filosóficos* escritos en 1914-1915, para intentar dar una explicación racional a la hecatombe que estaba presenciando; o el Walter Benjamin de las *Tesis de la Historia* que, cuando en 1939 afrontaba y experimentaba en carne propia el establecimiento de las dictaduras fascistas en Europa, esbozó una fecunda interpretación de la historia; o la reflexión del *frankfurtiano* Theodor Adorno cuando certificó, tras el genocidio de judíos, gitanos y eslavos durante el régimen nazi, la derrota del ideal de la Ilustración, y la destrucción humana en masa. Tras comprobar cómo «la ciencia y la técnica como legitimadoras de la política, [...] resultan ser la enésima y bastarda consecuencia de los ideales ilustrados», sentenció: «después de Auschwitz no puede escribirse más poesía».⁷ Las herramientas necesarias para la liberación humana, la ciencia y la técnica, que ya habían servido anteriormente como aparatos de opresión y liquidación de poblaciones en gran escala desde los tiempos del colonialismo y del imperialismo, fueron utilizadas para desplegar toda su capacidad destructiva durante la segunda conflagración mundial.

Fueron esos unos momentos de zozobra, de duda y de oscuridad, ante los cataclismos inéditos en la historia precedente. Como después de Auschwitz lo fueron Hiroshima, Vietnam, Afganistán..., o Palestina. El reto en aquellos fregonazos de intensidad histórica, como también en el presente, hace evidente y necesario estudiar el pasado no como un pozo de soluciones a los problemas actuales sino como «el resultado de un proceso abierto en el que hay problemas a resolver». Este es el reto actual que debe activar el interés de los pensadores y científicos sociales para la explicación de nuestro momento: el de comprender racionalmente lo que está sucediendo. Fue posible pensar, a pesar de la sentencia de Adorno, después de Auschwitz e Hiroshima, a pesar de la constatación de la derrota ilustrada, como también es posible hoy pensar después de Gaza; es posible y resulta obligatorio. Aunque el mundo gira hoy entre brumas, desasosiegos, peligros y hecatombes, existe también la razón como herramienta de entendimiento de la realidad.

3. La historia social y económica

Esta fue la temática troncal en la que se centró el Instituto Gerónimo de Uztritz (IGU) desde su nacimiento en 1984 para buscar explicaciones asentadas sobre el pasado reciente de la historia contemporánea de Navarra. Su pretensión se basaba en el análisis estructural de procesos históricos de medio y largo plazo: la estructura de la propiedad de la tierra; la composición y desarrollo del sector agrario; el proceso histórico de la privatización de la propiedad comunal; el sistema de relaciones sociales y la composición del mercado agrario, etc. Junto a ello se trataba de conocer, documentar y explicar los cambios sociales producidos en ese largo plazo de la contemporaneidad hasta 1936; las luchas agrarias en los albores

de la instalación del régimen liberal; los movimientos campesinos reivindicativos desde la segunda mitad del siglo XIX; la extensión del mundo cooperativo católico agrario a partir de la crisis finisecular; la primigenia organización campesina y su despliegue, etcétera, ... hasta llegar a la desaparición cruenta de las clases obreras y campesinas tras el golpe de estado de julio de 1936. La historia se entendía y se entiende aún por quienes no han quedado seducidos y anclados en los cánticos de la historia postsocial a partir de los 80 del siglo pasado, desde criterios de largo alcance, como análisis crítico del pasado, imbuido de impulsos de renovación y cambios sociales profundos y necesarios para nuestro tiempo. Ese proyecto fue hace cuatro décadas una llamada a observar el pasado histórico en el seno de procesos de larga data, bajo la convicción de que los grandes temas históricos, aun sin orillar los asuntos de carácter coyuntural, se insertaban y podían ser mejor explicados desde planteamientos socio económicos estructurales. Un enfoque que puede ser recuperado en la investigación hoy para entender nuestro pasado próximo y dar algo de luz a los problemas del presente.

La irrupción de ese tipo de enfoque desde el IGU pretendía centrar los problemas históricos en el encuadre de los grandes debates que acompañaron al desarrollo de la historia social en el contexto europeo occidental desde los años 60 y 70 del siglo pasado. Pero, paradójicamente, allá por la década de los ochenta, esa dominante historia social, con un fuerte soporte estructural en el caso de la historia social alemana, mientras estaba declinando en su espacio genuino de desarrollo, entraba con fuerza en las renovadas universidades españolas. Ya en 1975 había aparecido «una crítica condenatoria de la viabilidad de la teoría de la modernización» dirigida a los historiadores que más la utilizaban, los historiadores sociales.⁸ Uno de los más representativos historiadores sociales germanos, Hans-Ulrich Wehler, al reflexionar sobre el devenir de la historia social criticaba los aspectos más esquemáticos de la teoría de la modernización que había sido ampliamente utilizada en los ámbitos universitarios centrados en la historia social. Se le achacaron cuestiones graves: su propósito de un desarrollo histórico lineal, el sostenimiento de una dicotomía entre tradición y modernidad, además de su visión eurocentrista centrada en la hegemonía occidental, a modo de reflejo de la sociedad estadounidense concebida como modelo utópico materializado. Una teoría de la modernización que, sin embargo, corregidas esas limitaciones, opinaba Wehler, todavía podía ser útil para la historia social siempre y cuando se configurara una perspectiva integradora de los avances de las nuevas investigaciones desarrolladas.⁹

El desfase cronológico entre el camino recorrido por la historia social alemana, bien representada por Hans-Ulrich Wehler, Jürgen Kocka o Hans Jürgen Pühle, y la muy débil historia social española de mediados de los ochenta, resulta evidente. Mientras la historia social implosionaba en los terrenos donde había germinado a causa de la aparición de diferentes corrientes que la matizaban o criticaban sin complejos, la historia social en España quedaba ajena a dichas discusiones y desarrollos

de teorías de largo alcance y de base estructural, mientras se sentía más cómoda junto a la obra de los historiadores marxistas británicos. Una historia social británica que, en otro contexto, tampoco se libró de ser impugnada.¹⁰

Se produjo entonces una situación compleja y fértil a la vez. Por una parte, el declive de las grandes teorías en la interpretación histórica a lo largo de los ochenta del siglo pasado fue dando lugar a una oferta temática y metodológica heterogénea, desencantada con la capacidad de pronóstico de los modelos científicos sociales. Por otra, se subrayaba la diversidad de variedades de los procesos de modernidad en África y Europa, o se formulaban otras propuestas de periodización de la historia con fases distintas de modernidad, o poniendo en jaque la viabilidad de la remozada teoría de la modernización como perspectiva integradora, al no poder incorporar los resultados del enfoque de la microhistoria, de la historia global, o de la historia cultural...

«A lo largo de la década de 1980, el empirismo de la historia social, el descuido de la mediación cultural, la atención prestada a los procesos abstractos en favor de las perspectivas de los actores históricos y el desdén por la diversidad encontraron una resistencia cada vez mayor».¹¹

En cualquier caso, la puesta en cuestión del marco teórico propugnado por la teoría de la modernización, no finiquitó cualquier historia enfocada estructuralmente, pues, por el contrario, permitió la liberación de «las estructuras y los procesos que se habían subsumido bajo el epígrafe de la modernización para su aplicación en la historia social», allá donde más utilización había experimentado.

La constricción que la teoría de la modernización, en sus formulaciones más esquemáticas, ejerció sobre la historia social no afectó a las investigaciones en curso en nuestro ámbito. De hecho, los grandes historiadores alemanes como el citado Hans-Ulrich Wehler o Jürgen Kocka no habían sido traducidos al castellano y no eran influyentes en los ámbitos académicos españoles. Así que poco o nada del empleo de esa gran teoría puede encontrarse en la incipiente historia social que se estaba gestando en la historiografía navarra (e incluso en la española). Atendiendo a nuestra experiencia como referencia, aparece reforzada la convicción de lo pertinente del mantenimiento de un enfoque de medio plazo y estructural en la investigación histórica tal y como mostraban numerosas investigaciones llevadas a cabo por miembros del IGU. Esto es lo que se desprende de los resultados de la investigación socio económica de los miembros del IGU, ubicados lejos del encanto de «las grandes narrativas» ayunas de comprobación empírica. La defensa del mantenimiento de los elementos viables de la tradición de la historia social, a la vista de los debates de las últimas décadas, no es ajena a la inclusión de la mediación cultural, aunque sin limitarse a ella. Este enfoque de historia total puede seguir siendo válido para el análisis del origen de los problemas socio políticos de la actualidad, ofertando una historia social centrada en estructuras y procesos que superen la experiencia individual.

Por otra parte, «la metodología para afrontar el reto del entendimiento de la situación actual no puede romper con lo mejor de la metodología que dio esplendor a la historia social en los sesenta y en los setenta». ¹² El investigador debe poner atención a la contextualización del hecho investigado en el espacio temporal, trama social y compleja textura cultural en que se inserta; debe mantener una perspectiva diacrónica que de cuenta de sus transformaciones en el tiempo, o sea, que muestre la inserción de la historia en su base económica, social y cultural; puede acudir a la comparación de lo investigado, sus momentos cronológicos y sus contextos, que permita su mejor comprensión; y debe recurrir a la conceptualización para el estudio del pasado mediante conceptos sin abandonar la diacronía de la escritura narrativa de la historia.

Estos elementos metodológicos no se vinculan a la producción de conocimiento histórico, pero son imprescindibles en el ejercicio de la actividad profesional e intelectual. Su uso en el ejercicio de la investigación permite que, desde nuestro presente, pueda el investigador adentrarse en la reconstrucción del pasado y en su escritura desde el ejercicio de la crítica del material histórico del que disponemos, lejos del sueño de un único relato.

«Escribir la historia —es decir, desarrollar un discurso crítico sobre el pasado, escribió Enzo Traverso—, es una forma de ayudar a la sociedad a comprenderse a sí misma y a reconocer sus responsabilidades en el presente.» ¹³

Bagaje de peso para la pugna intelectual con el nunca desaparecido historicismo positivista y elemento de reflexión ante la ausencia hoy del hábito en favor de un cambio radical y revolucionario como se sintió hace seis décadas.

La realidad historiográfica de los últimos cuarenta años tan cambiante y fructífera es la que se ha vivido desde el IGU desde la distancia, enorme al principio, respecto a la evolución de las grandes corrientes de nuestro entorno occidental, pero con creciente grado de conocimiento, diversidad y enriquecimiento con la misma conforme las diferencias del marco universitario español y vasco respecto al europeo occidental se contrajeron, hasta que la historiografía española y vasca ha adquirido patente de homologación con la historiografía de otros entornos, salvadas las grandes limitaciones de financiación y de estructuras de los centros de investigación respectivos.

¿Por qué no volver a aquellas opciones temáticas y metodológicas que se aplicaron en las investigaciones hace cincuenta años para afrontar los procesos históricos en los que se han gestado los actuales problemas políticos y sociales? Aquellas estuvieron marcadas por la urgencia de conocer los factores estructurales, sociales, económicos y políticos del pasado contemporáneo. Y, ¿no es esto lo que ahora se necesita saber? ¿No se trata, a sabiendas de que las limitaciones y carencias de aquella historia social son conocidas y corregibles, de adentrarnos en los porqués de los procesos históricos que nos afectan? ¿Cuáles han sido los factores estructurales,

en los ámbitos social, económico, político y cultural que han desembocado en las catástrofes humanitarias a las que nos enfrentamos?¹⁴

La transformación del mundo escribió Jürgen Osterhammel para referirse a los grandes cambios que en todo el orbe se produjeron a lo largo del siglo XIX, es denominación que bien pudiera aplicarse a lo ocurrido en el mundo desde el fin de la II GM hasta hoy. Una explicación que incidiera en lo que Reinhard Koselleck denominó el *Sattelzeit*.¹⁵ Un *Sattelzeit* que está presente ahora con viveza con la desaparición del mundo monopolar nacido tras la derrota del nazismo. Un mundo que se encamina a la existencia de un conjunto de hegemones en disputa abierta por reorientar el mundo. Todos los indicadores tecnológicos, técnicos, científicos, económicos, muestran esta nueva realidad, esta nueva tendencia en la política global desde hace un par de décadas. No podemos saber del futuro mediante nuestra dedicación al estudio de los restos del pasado histórico. Sí sabemos, por el contrario, que el pasado nunca quedó retraído de modo permanente en sí mismo. La historia es la historia del cambio en el tiempo y por ello indagamos cómo todo tuvo un origen y un final en la historia, lo que, de paso y a la altura política en la que nos encontramos, da para muchas reflexiones sobre la desaparición de los imperios a lo largo de los siglos. En nuestro *Sattelzeit* particular estamos asistiendo al declive precisamente del hegemon estadounidense. Es este mundo de sombras y brumas también un tempo estelar de cambio y transformaciones de fondo, aunque esté amenazado de cataclismos. A tiempo estamos de iniciar su estudio y conocimiento.

NOTAS

1. Herman Paul, *La Llamada del pasado*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2016, p. 136. Jörn Rüsen: «La 'cultura histórica' contempla las diferentes estrategias de la investigación científico académica, de la creación artística, de la lucha política por el poder, de la educación escolar y extraescolar, del ocio y de otros procedimientos de memoria histórica pública, como concreciones y expresiones de una única potencia mental. De este modo, la 'cultura histórica' sintetiza la universidad, el museo, la escuela, la administración, los medios, y otras instituciones culturales como conjunto de lugares de la memoria colectiva, e integra las funciones de la enseñanza, del entretenimiento, de la legitimación, de la crítica, de la distracción, de la ilustración y de otras maneras de memorar, en la unidad global de la memoria histórica». En *¿Qué es la cultura histórica?: Reflexiones sobre una nueva manera de abordar la historia*, 2 y 3. artículo disponible en <http://www.culturahistorica.es/ruesen.castellano.html>
2. Josep Fontana, *Historia. Análisis del pasado y proyecto social*, Barcelona, Crítica, 1982, reformulada y más completa en *La Historia de los hombres*, Barcelona, Crítica, 2001. De la primera él mismo advirtió de ese fin: «Este libro –se ocupa– de la teoría de la historia (esto es, del pensamiento de que se sirve el historiador para orientar su trabajo) y de las ideas sociales subyacentes: del proyecto social en que el historiador inscribe su tarea», p. 9. La parte dedicada al siglo XX fue motivo de otra publicación: *La Historia de los hombres. El siglo XX*, Barcelona, Crítica, 2010, en la que explicita la relación establecida entre el texto histórico y el presente formulando su objetivo de ofrecer «algunas propuestas para la reconstrucción de una nueva historia económica y social adecuada a las exigencias y a las necesidades de nuestro tiempo».
3. Juan José Carreras, «Categorías históricas y política: el caso de Weimar», *Mientras Tanto*, n.º 44, Barcelona, 1991, pp. 99-110. Recogido en *Razón de Histo-*

- ria. *Estudios de historiografía*, Madrid, Marcial Pons, 2000, pp. 73-85, cita en pp. 74-75.
4. Bernat Castany, «Èteignez l'infâme! Por una secularización digital». *Tinta Libre*, 27.10.2024.
 5. Enzo Traverso, *Gaza ante la historia*, Madrid, Akal, 2024. Su propósito: «Los países de lo que comúnmente se llama el Sur Global han expresado su indignación unánime por la destrucción de Gaza, mientras que Occidente, -es decir, la gran mayoría de sus gobiernos y medios de comunicación- la ha respaldado, cuando no facilitado, cavando un surco más profundo entre sus elites y la opinión pública».
 6. FOESSA. IX Informe sobre desarrollo y exclusión social en España, Madrid, 2024. José Ignacio Conde-Ruiz, «¿Se mide con precisión la pobreza en España?», *El País*, 15.01.2025
 7. *Letras Libres*, «Pensar después de Auschwitz», 30 noviembre 2003.
 8. Peter van Dam, «Saving Social History from Itself. Moving on from Modernisation», *Archiv für Sozialgeschichte*, 57. Band, 2017, (47-67). Cita en pág. 47.
 9. Más allá de un tipo de historia social con potentes raíces teóricas de los cultivadores germano-occidentales, ésta tenía fuerte tradición e importantes cultivadores entre los historiadores franceses vinculados a la escuela annalista y entre los historiadores ingleses, que, aun inspirados en la obra de Marx, procedían «por un modelo de racionalismo empírico, enfrentado escépticamente a la construcción de modelos y la elaboración de teorías de gran alcance». Lutz Raphael, *La ciencia histórica en la era de los extremos*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2014, p. 195.
 10. Las objeciones más importantes contra la teoría de la modernización no eran menores y pueden sintetizarse sucintamente así: 1.-El concepto es un espejismo que sugiere más que prueba una asociación entre procesos de transformación social. 2.-La teoría de la modernización integra el pasado, el presente y el futuro en un marco teleológico. 3.-Construye una oposición entre imágenes homogéneas de épocas premodernas y modernas. 4.-La teoría de la modernización reifica «Occidente» y refuerza su predominio mundial. 5.-Presenta la heterogeneidad dentro de «Occidente» como un problema al construir una jerarquía entre fenómenos progresistas y atrasados. 6.-Los historiadores refuerzan su ceguera ante el papel constitutivo de la historia y las ciencias sociales en la construcción de una imagen ideal de una «sociedad moderna» mediante el empleo de la teoría de la modernización. Peter van Dam, «Saving Social History from Itself. Moving on from Modernisation», *Archiv für Sozialgeschichte*, 57. Band, 2017, (47-67) pp. 50-51. Lo relativo al núcleo troncal de esa historia social británica en Harvey Kaye, *Los historiadores marxistas británicos. Un análisis introductorio*, Zaragoza, Universidad de Zaragoza, 1989.
 11. Peter van Dam, *op. cit.*, p. 62
 12. Enzo Traverso, *Kaosenlared*, 23.12.2023
 13. *ibidem*
 14. Una defensa reciente de la historia social total a partir del análisis desde la historia, las ciencias sociales con la economía y las lenguas y mundos múltiples en Alessandro Stanziani, *Tensions of Social History. Sources, Data, Actors and Models in Global Perspective*, London, Bloomsbury Academic, 2023, págs. 195-201. A partir de esos tres pilares podría recomponerse el conocimiento y su enseñanza, hoy fragmentados, mediante una intensa interacción interdisciplinar en el mundo heterogéneo.
 15. Jürgen Osterhammel, *La transformación del mundo. Una historia global del siglo XIX*, Barcelona, ed. Crítica, 2019.